EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

ISABEL Y MARSILLA

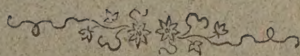
JUGUETE CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON ANGEL MARIA SEGOVIA

MÚSICA DEL MAESTRO

DON RAFAEL TABOADA



MADRID

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

(*Sucesor de Hijos de A. Gullón*)

PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1888

3

ISABEL Y MARSILLA

ISABEL Y MARSILLA

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO EN UN ACTO Y EN VERSO

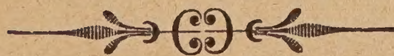
ORIGINAL DE

DON ANGEL MARÍA SEGOVIA

MÚSICA DEL MAESTRO

DON RAFAEL TABOADA

Representado con extraordinario éxito en el TEATRO ESLAVA la noche del 9 de Diciembre de 1887



MADRID
R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20
—
1888

AL SIMPÁTICO Y DISCRETO ACTOR

Don Emilio Carreras

A nadie con más justicia que á usted puedo dedicar este juguete; á usted, que el año 1874, conquistó con él merecidos aplausos en el Teatro de la Alhambra.

El Autor

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
ISABEL	SRTA. SEGOVIA.
DON TORIBIO	SR. RUIZ.
FERNANDO	CARRERAS.
DON ANTONIO	LARRA.
RAMÓN	OLONA.

Coro de aldeanos y aldeanas

La acción en Rosell.—Época actual

Esta obra es una refundición de *El amor de un boticario*, que se estrenó el año 1872 y se ha representado en diversos teatros de Madrid más de quinientas veces.

El autor, en uso de su derecho, la ha adornado con música del maestro Taboada y la ha dado al teatro como zarzuela.

ACTO ÚNICO

Jardín con verja al foro. A la izquierda, en primer término, un emparrado y puerta de entrada á la casa. Bancos rústicos y costurero bajo el emparrado.

ESCENA PRIMERA

CORO DE ALDEANOS de ambos sexos. Luego ISABEL

Música

CORO — Como es el santo
de Don Toribio,
á visitarle
todos venimos.
Felicidades
tenga el señor
y muchos años
le guarde Dios,
y que á su hija
suerte la dé
pues como un cielo
hermosa es.

ISABEL — Pues sois tan finos,
papá me encarga
que yo en su nombre
os de las gracias,
y satisfechos
podéis marchar.

D. TOR. — ¡Basta de gritos
dejadme ya!

CORO — Como es el santo, etc.

ESCENA II

ISABEL y DON TORIBIO

D. Tor. Bien, Isabelita bien,
hermosísimo lucero;
veo con satisfacción
que tienes mucho talento.
¡Oh! tienes á quien salir;
yo de chico era un portento
de habilidad.

Isabel ¿No es verdad
que sé más que mi maestro?

D. Tor. Ya lo creo; si Fernando
es un estúpido, un memo.

Isabel ¡Bah! No diga usté eso, padre.

D. Tor. ¡Papá! (Rectificando.)

Isabel Bien. No diga usté eso.

D. Tor. No *digas*. Eso de *usted*,
está feo en estos tiempos.
Has de llamarme papá,
y apearme el tratamiento,
que en las grandes sociedades,
en los círculos selectos,
se habla á los papás de *tú*,
y sin faltar al respeto
se le puede decir *bruto*.
(Pronunciando la palabra con infantil coquetería.)

Isabel ¿De veras?

D. Tor. Sí; y *majadero*...
pero por supuesto que
cuando una hija dice eso
á su papaito, es
como en broma, y con un gesto
de coquetería, ¿estás?

Isabel Sí; ya lo voy entendiendo;
pero digo que Fernando...

D. Tor. (Y dale con el maestro.)

Isabel Es que yo le quiero mucho.

D. Tor. Pues es que yo le detesto.

Isabel No seas bruto ¡papá!

D. Tor. ¡Eh! (Sorprendido.)

ISABEL Eres un majadero.
D. TOR. ¡Muchacha!
ISABEL ¡Qué! ¿No me has dicho
que esto es de gran tono?
D. TOR. Pero...
¿Te has reído, te has reído?
ISABEL Sí; ahora (Se ríe con risa forzada y ridícula.)
D. TOR. Entonces bueno. (Resignado.)
Pero ten cuidado y ríete
siempre que me llames... *eso*.
Hoy te mandan de Madrid
un novio de gran talento,
y rico... y...
ISABEL Es que yo...
D. TOR. Basta, ya hablaremos luego.
ISABEL Es que yo...
D. TOR. Si aquel no cae
en la red de tus anzuelos,
de tus hechizos, entonces
apencas con tu maestro
el sacristán. Hasta tanto,
que encienda velas sin cuento,
que haga el amor á San Roque
y cosquillas á su perro,
que la hija de este padre
no está para ese camueso.

ESCENA III

DICHOS y RAMON por el foro

RAMÓN Güenos días.
D. TOR. Hola, bruto.
RAMÓN Ma dicho D. Inocienzo
que vaiga usted con la yegua,
y con los arreos puestos;
porque la quiere mercar
el cura de Valdivieso.
D. TOR. ¿Que quiere comprar la jaca?
Mal nombre tiene ese pueblo;
siempre buscará ese cura,
en vez de yegua, un jumento.
RAMÓN Que ice que vaiga pronto.

D. Tor. Pues prepara los arreos
y enjaézala, que yo
voy allá enseguida.

Ramón Güeno.
¿Y qué albardilla la pongo,
la albarda blanca y el freno?

D. Tor. La que á tí te venga bien.
Corre, corre.

Ramón Diquiá luego. (Vase.)

ESCENA IV

ISABEL y DON TORIBIO

D. Tor. ¿Lo ves, hijita, lo ves?
Ya empieza aquí el movimiento.
Ahora vendo la yegua,
luego la casa, y el huerto,
y todo; no quiero más
hacer la vida de pueblo.
A Madrid á vivir como
aristócratas de mérito.

Isabel Pero ¿y Fernando?

D. Tor. ¡Caramba!
No me hables de ese mostrenco.
Te casarás con el novio
que te manda Timoteo,
y á Madrid todos.

Isabel Es que...

D. Tor. Vaya, lo dicho. Hasta luego.
(Veremos lo que me ofrece
el cura de Valdivieso.) (Vase foro.)

ESCENA V

ISABEL

Y mi papá se decide
á sacarme de este pueblo,
y á casarme con un hombre
que es de Madrid, nada menos;
de Madrid, donde son todos

los hombres unos perversos,
según me ha dicho Fernando.
¡Uy! ¡Qué cosas cuenta de ellos!
(Aparece en el foro Fernando ridículamente vestido de levitín y sombrero de paja pequeño, adornado con cintas de varios colores.)

ESCENA VI

ISABEL y FERNANDO

ISABEL No, no me caso, aunque vengan
todos los curas del pueblo,
sino con él, con Fernando.
FER. (Habla de mí; escuchemos.)
ISABEL ¡Él, que tanto me requiebra,
que me llama gloria y cielo!
¡Y luego dice mi padre
que Fernando es un zopenco!
FER. (¡Ah, qué viejo tan malvado!)
ISABEL Y además le llama feo.
FER. (¡Feo yo, habrá calumnia!)
ISABEL Y feo yo no le encuentro.
FER. (Ni nadie.)
ISABEL Y tan elegante
si se pone el traje nuevo...
¡Y con aquellas cintitas
que le puse en el sombrero! (Lloriqueando.)
FER. (Imitándola es su tono lastimero.)
Aquí están, aquí están, míralas
con qué brillo las conservo.

Música

ISABEL Esas cintas
tan preciosas
que mirando
atenta estoy,
son juguete
de la brisa
igualmente
que mi amor.

FER. Estas cintas
tan preciosas
las adoro
con pasión,
porqué fueron
colocadas
por la mano
de mi amor.

ISABEL Si tu cariño me quitan
voy á morirme, mi dulce bien.

FER. Yo moriré de tristeza
como te llegue á perder.

LOS DOS ¡Ay! ven á mí, dueño mío,
nunca te apartes de mí,
que sin tu amor ¡ay, ay, ay!
no seré nunca feliz.
No te alejes no me dejes
palomito / palomita } no por Dios,
que estoy triste si no escucho
palabritas de tu amor.

Hablado

FER. Ten valor y vencerás.

ISABEL A luchar, como lo hicieron
los dos famosos amantes
de Teruel en otro tiempo.

FER. Justo, Pílades y Orestes.

ISABEL Hombre, no seas zopenco,
se llamaban... ya sé cómo.

FER. Lo he leído y no me acuerdo.

ISABEL Sí; Isabel y Morcilla.

FER. ¿Morcilla?

ISABEL Sí, era un guerrero
que murió de amor por ella.
Verás: su padre era un pérfido,
y mientras estaba el novio
en la guerra combatiendo,
y esperándole Isabel
con amor y sin sosiego,
vá el pícaro del papá
y se la dá en casamiento
á un conde de los más grandes

entre los grandes del reino.
Pues señor, que cuando entraban,
ella llorando él riendo,
á verificar la boda
en el sacrosanto templo,
va ella, y *pum*, se murió
de amor por su caballero.
Todos estaban atónitos
contemplando aquel suceso,
cuando en esto, entra Morcilla,
mira á Isabel, la da un beso,
abre los brazos, da un grito,
y cae al instante muerto.

FER. ¿Todo eso pasó en Teruel,
según nos refiere el cuento?...
Pues va á ser muy parecido
lo que pase en este pueblo.

ISABEL Sí, de Rosell á Teruel
hay treinta leguas lo menos;
pero de Morcilla á tí
hay más distancia que al cielo.
¿A que tú no te caías
muerto, como aquel guerrero?

FER. ¿Que no me caía yo?

ISABEL No.

FER. Pues Rosell es un pueblo
que le da catorce y raya
á Teruel y aun á Toledo,
y lo que hizo aquel Morcilla
soy yo muy capaz de hacerlo;
soy tan Morcilla como él
y ahora mismo lo pruebo.
Si le haces caso á tu padre,
juro por San Nicodemus
y por todos los Morcillas,
que me meto en un mortero
y me machaco á mi mismo
como quien machaca yeros.

ISABEL ¡Ay! no, no; no te machaques.

FER. Pues júrame que seremos
los amantes de Rosell,
más firmes que los del cuento,
y que no querrás más novio
que tu organista y maestro.

ISABEL Sí; pero ya ves, mi padre
dice que tú eres un memo,
y que me mandan un novio
por mi tío Timoteo,
que me conviene y que es rico
y tiene mucho talento.

FER. ¡Caracoles! ¡Esto es grave!

ISABEL Mi padre se pone sério.

FER. Es preciso hacer de tripas
un corazón como un templo.
¡Un novio, un rival!...

ISABEL Y, díme,
para espantarle, ¿qué haremos?

FER. Lo que hace toda mujer
cuando ve al demonio. Esto.
(Hace la cruz con los dedos índices.)

ISABEL ¿Y se marchará?

FER. Pues claro;
huirá espantado al momento.
¿No ves que los de Madrid
tienen el diablo en el cuerpo?

ISABEL ¡Ave María Purísima!

FER. Tu padre no lo sabe esto
porque no ha estado allí nunca;
pero yo estuve en mis tiempos,
y recuerdo que eran unos
demonios los madrileños;
como que algunos asoman
por bajo la sien los cuernos.
(Indicando las mechas de pelo sobre las orejas.)
Apenas llegué á Madrid
por primera vez, y de esto
hace tres años, me fuí
á un callejón muy estrecho,
que es donde está la Posada
que llaman del Peine, y veo
sentados allí unos hombres
tan feroces y tan feos,
que á escape tiré la alforja
y eché á correr como un ciervo.
Enseguida empiezan unos
monigotes de chicuelos
á correr detrás de mí
gritando: «¡A ese paleto;

»cogerle, coger á ese,
»á ese que ha robado un queso!»
¡Ya ves... yo robar... que soy
incapaz de esos excesos!

ISABEL Y que el queso no te gusta;
¡si lo sabe todo el pueblo!

ESCENA VII

DICHOS y DON TORIBIO con una carta en la mano.

D. TOR. ¡Ajajá! Al fin encontré...
¡Hola! ¿Aquí este peine?

FER. Sí.
Los dos estamos aquí
acordándonos de usté.

D. TOR. ¿Por la yegua? Hace un momento
que ví al cura sin ventura;
y... lo que yo dije, el cura
lo que busca es un jumento.
Son dos mil reales cabales
los que por la yegua pido,
y ¿sabéis lo que ha ofrecido
el tal cura? Ochenta reales.
Pero, en fin, dejemos eso,
que ya ha llegado la hora,
y tengo que hablarte ahora
de un asunto de más peso. (A Isabel.)
conque, *chicuzo*...
(A Fernando haciendo señas de que se vaya.)

FER. ¿Quién, yo
marcharme? No.

D. TOR. ¡Qué no!

FER. No.
Que también tengo interés
en este asunto maldito.

D. TOR. ¿Y tú qué sabes?

FER. Lo sé.

D. TOR. ¡Que voy á enfadarme!

FER. ¿Y qué?
A mí no me importa un pito.
Sé que quiere usté robarme
el cariño de Isabel;

pero ni el mismo Luzbel
logrará de ella arrancarme.
Estoy dispuesto á la lid,
llena el alma de entereza,
y he de romper la cabeza
á ese novio de Madrid.

D. TOR. ¡Chico!

FER. Nada, yo soy fiel
á lo que digo.

D. TOR. ¡Bausán!

FER. Juro á fuer de sacristán.
que he de batirme con él.
Por defender la honra mía
de madrileña invasión,
haré una revolución
en la iglesia y sacristía.
Promoveré un cisma cruel,
correré todas las casas,
y sublevaré las masas
de este pueblo de Rosell.

D. TOR. Y como yo en este lazo
no he de caer, mameluco,
me proveo de un trabuco
y te rompo el espinazo.

ISABEL ¡Papá!... ¡Fernando!... (Intercediendo.)

FER. Lo dicho.

D. TOR. ¡Cómo! ¿Te atreves á mí?

FER. Sí, señor.

D. TOR. ¿Te atreves?

FER. Sí

D. TOR. ¡Oh! (¡sacristanesco bicho!)
Y si yo de cualquier modo
la verdad te descubriera,
y ... mochuelo, te dijera,
no hay nada, es mentira todo;
díme, al declararte eso,
¿qué harías, loco rapaz?

FER. ¡Ay, sería yo capaz
hasta de darle á usté un beso!
(Pretende besarle.)

D. TOR. ¡Conque, ea! (Ya ménos mal, (Despidiéndole.)
con engaños he logrado...)

ISABEL ¡Y me había usté engañado!... (A D. Toribio.)

FER. (¡Si me engaña, voto á tal!...)

Ea, me voy, y me alegro
del engaño.

D. TOR. ¡Bah! Soy fiel.

FER. ¡Hasta después, Isabel;
hasta luego, papá suegro!
En cuanto acaben las prisas,
volveré... ¡monina! (A Isabel.)

ISABEL ¡Adiós!

(Pretende abrazarla y Don Toribio se interpone.)

D. TOR. ¡Bien, hombre, vete con Dios!
(Ya te lo dirán de misas.)

ESCENA VIII

DON TORIBIO, ISABEL

D. TOR. ¿Ya se fué? Pues bien, ahora
que ya se marchó el danzante,
escucha, hija mía, escucha.
¡Hoy mismo viene á buscarte!

ISABEL ¡Quién!

D. TOR. Tu futuro.

ISABEL ¡Futuro!

D. TOR. Cabal, el que va á casarse
contigo.

ISABEL Papá, ¿no has dicho
que era broma, hace un instante?

D. TOR. Sí, lo dije; pero fué
tan sólo para quitarme
el *run run* de ese moscón,
que Dios confunda y aplaste.
Pero es la verdad, y al punto
quiero que vayas á aviarte
para recibir á Antonio.
Se llama ¡Antonio González!
Ya le verás; según dice
tu tío, es un elegante
y apuesto joven; verás
cómo al mirarle, te late
el corazón y le amas
mucho más que á ese bergante
de organista.

ISABEL ¿Y si yo
no consigo á él agradarle?
D. TOR. ¡Oh, sí! Ya le habló tu tío
de tus prendas personales.
Ya sabe que eres bonita,
etcétera; él, ya sabe...
ISABEL ¿Y si para él soy fea?
D. TOR. No; ya ha dicho que le place
tu tipo; te llama *tipo*,
y al decir *tipo*, es bastante.
Luego que, como tu tío
tiene mi retrato ¿sabes?
le habrá dicho al novio: ¿ves
el retrato de su padre?
pues verle á él, verla á ella;
son dos *tipos* casi iguales.
De modo que él habrá dicho:
hombre, no es mal *tipo* el padre;
y como tú eres mi *tipo*,
y el novio otro *tipo* amable,
viene aquí, vé nuestros *tipos*,
y acaba por *entiparse*,
porque en llegando aquel *tipo*
somos tres *tipos* cabales.
ISABEL (Yo voy á morir de pena
y si Morcilla lo sabe...)
D. TOR. Anda, ponte el traje nuevo,
el traje aquel que te traje
de la feria hace dos años.
que costó ¡noventa reales!
y el sombrerillo aquel verde
que heredaste de mi madre;
ponte, en fin, lo mejorcito,
que Antonio es muy elegante,
y tú no debes ser menos.
Anda, que vá siendo tarde.
ISABEL (Gimiendo.)
Ojalá que no le guste
ni mi cara ni mi traje. (Entrase en la casa)
D. TOR. Voy yo también á ponerme
el traje de gala, á escape. (Entrase en casa.)

ESCENA IX

DON ANTONIO, RAMÓN

RAMÓN — Pase usté y verá usté al amo.
¡Amo! (Gritando.)
D. ANT. — No, no corre priesa.
Tal vez estará ocupado
y no merece la pena.
RAMÓN — Pos sí señor, es mu mansa,
y la monta cualsiquiera.
D. ANT. — Yo deseo verla en pelo,
porque con la albarda esa
que la han puesto...
RAMÓN — Es que hace poco
que por poco no la merca
un siñor cura, que dijo
que le gustaba la yegua.
D. ANT. — Sí, no es mala; y para el tiempo
que he de disponer yo de ella...
RAMÓN — ¿Piensa usted venderla pronto?
D. ANT. — No; regalarla á cualquiera;
porque yo la quiero ahora
para andar por esas breñas.
Luego me vuelvo á Madrid,
acabadas estas ferias,
y ya ¿para qué la quiero?
RAMÓN — Pos si le dá á usté esa idea,
acuérdese usté de mí,
señorito.
D. ANT. — (¡Zapateta!
no se descuida el paleto.)
Bien, hombre, cuenta con ella.
RAMÓN — ¡Ay, qué gusto! Muchas gracias,
á los piés de usté.
D. ANT. — (Riéndose.) (¡Que bestia!)
RAMÓN — Aquí viene el amo. ¡Calle!
pues qué ¿es hoy día de fiesta?
(Al ver á Don Toribio de traje de etiqueta aparecer en la puerta de la casa.)

ESCENA X

DICHOS, DON TORIBIO

D. TOR. Señor. (Deshaciéndose en cortesías con aire diplomático.)

D. ANT. Beso á usted la mano.

D. TOR. (¡Que finura!) ¡Oh! complacencia,
(Al extender la mano, observa que le cuelga un dedo del guante, y esto le preocupa hasta que se le pone bien; pero este detalle, de buen efecto, no debe interrumpir mucho tiempo la escena.)
yo... usted... bien, Don Antonio.

D. ANT. ¡Cómo! ¿Me conoce?...

D. TOR. ¡Oh! fuera
yo muy poco caballero
si no le reconociera.

D. ANT. Creo que usted se equivoca.

RAMÓN El señor viene...

D. ANT. La yegua...

D. TOR. Ramón, vete. (Con ridícula majestad.)

RAMÓN Este señor...

D. TOR. Ya lo sé. Vete allá fuera. (Vase Ramón segundo término izquierda.)

ESCENA XI

DON TORIBIO, DON ANTONIO

D. ANT. (Este hombre debe ser tonto.)
(Al ver que Don Toribio le examina con entusiasmo.)

D. TOR. (Es una persona buena,
y no es feo; ¡oh! qué placer
cuando la chica le vea.)
Vamos, tome usté un asiento.

D. ANT. Dispense usted, tengo priesa,
diré á usté en breves palabras
lo que me trae...

D. TOR. ¡Esta es buena!
Ya lo sé.

D. Ant. ¡Ah! ¿Sí? Mejor;
vamos, pues, al trato de ella.
D. Tor. ¿La ha visto usted?
D. Ant. Me ha gustado.
D. Tor. ¡Ah! sin que sea inmodestia,
ya lo presumía yo.
(¡Si mi chica es una perla!)
Tiene mis costumbres mismas
y hasta mis mismas ideas.
Naturalmente, empapada
desde muy pequeña en ellas...
En su vida da una voz
más alta que otra, es modesta,
humilde, y muy instruída.
D. Ant. (¡Diablo! ¡Instruída una yegua!)
D. Tor. Con una memoria, que
aprende cuanto la enseñan.
D. Ant. (Pues no la da poco bombo;
de fijo pide por ella
cinco mil reales.) Pues bien,
diga usted...
D. Tor. No corre priesa;
tiempo tendremos de hablar...
D. Ant. Perdone usted mi exigencia,
pero yo tengo quehaceres
y...
D. Tor. Van á poner la mesa.
Luego, después de almorzar,
trataremos.
D. Ant. Pero...
D. Tor. ¡Ea!
Ahora vendrá á cantarnos
una cancioncita nueva,
que canta como un jilguero.
D. Ant. ¡Que canta!
D. Tor. ¡Uf, se las pela!
D. Ant. Pero, ¿quién?
D. Tor. Mi chica, hombre;
ya verá usted cosa buena.
D. Ant. (Pues, señor, este hombre es tonto
de los pies á la cabeza.)
No; no la moleste usted.
D. Tor. ¡Cá! Pues si ella lo desea...
D. Ant. No, no; vamos al asunto,

que es lo que más interesa.
D. TOR. Pero, ¿usted la ha visto ya?
(¡Le devora la impaciencia!)
D. ANT. Sí; la he visto hace un momento
en la cuadra.
D. TOR. (¡Santa Tecla!
¡Qué demonio de muchacha!
¿A qué iría allí?)
D. ANT. (¡En qué piensa!...)
D. TOR. Y qué, ¿le ha gustado á usté?
Hábleme usted con franqueza.
D. ANT. Hombre, si no me gustara
no vendría á hablarle de ella.
D. TOR. A propósito, aquí viene.
D. ANT. ¿Quién?
D. TOR. Ella, mi hija.
D. ANT. (Y vuelta
al demonio de su hija.)
D. TOR. Isabel, ven; hija, entra.
D. ANT. (Pues, señor, el día á perros.)
D. TOR. Dice que le da vergüenza.....
Claro, no está acostumbrada...
Vamos, hija, que aquí espera...

ESCENA XII

DICHOS é ISABEL. Aparece en la puerta ridículamente ataviada

D. ANT. (¡Canastos en la chiquilla,
con qué traje se descuelga!)
D. TOR. Verá usté qué pico de oro. (A Don Antonio.)
D. ANT. (La niña es tonta por fuerza.)
D. TOR. Saluda á este caballero... (A Isabel.)
Fíjese usté ahora en ella. (A Don Antonio.)
ISABEL Tenga usté muy buenos dias.
D. ANT. A los pies de usté.
D. TOR. Y solfea
un poquito, que te oiga
Antonio. ¿Eh? Con franqueza;
igual que si fuera usté
mi hijo.
D. ANT. ¡Sí!... (¡Qué gente esta!)
D. TOR. Canta aquella cancioncita
del organista de Béjar.

Música

ISABEL Una niña
graciosa y bonita
tranquila y solita
se fué á pasear,
y un mancebo
que vióla en tal caso
cortándola el paso
la quiso besar.

D. TOR.
D. ANT. } La quiso besar.

ISABEL Un clavel
que la niña llevaba
el mancebo
la quiso robar,
y es el hecho
que echó mano al pecho
y al fin el tunante
lo pudo atrapar.
Desde entonces
la niña bonita
tranquila y solita
no va á pasear,
que el tunante
mancebo atrevido
de amor cual Cupido
la supo flechar.

TODOS ¡Qué traidor!
¡qué cruel!
á la niña robóla el clavel.
Otra flor
ya jamás
en su pecho la niña donosa,
gentil y graciosa
podrá colocar.

Hablado

D. ANT. Bien, me parece muy bien;
á tal música, tal letra.
Conque, vaya, hasta otro rato,
y gracias por la fineza.

D. TOR. Pero, ¿qué es esto?
D. ANT. Ya he dicho
á usted antes, que me esperan,
y como por lo que veo
va para largo...
D. TOR. (¡Qué intenta!)
D. ANT. Si no hablamos del asunto
á que he venido, por fuerza
debo marcharme.
D. TOR. ¡Caramba!
¡Tiene usté un genio de yesca!
Bueno, pues hablemos, siéntate
á bordar un poco, mientras...
(Isabel se sienta bajo el emparrado á bordar.)
D. ANT. Como digo á usté, la he visto...
D. TOR. Ahora se encuentra así ella
un poco... como cortada.
D. ANT. ¡Como cortada! ¿Está enferma?
D. TOR. Más sana que una manzana.
D. ANT. ¿Marcha bien?
D. TOR. (Algo confuso.) Sí.
D. ANT. ¿Y cocea?
D. TOR. ¿Qué si cocea? (¡Canastos
con la preguntita esta!)
No, señor; no tira coces. (Algo ofendido.)
D. ANT. Esa cualidad es buena.
Y diga usted, ¿cuántos años
tiene?
D. TOR. Para Noche-buena
cumple diez y seis.
D. ANT. ¡Demonio!
Es ya demasiado vieja.
Pero, en fin, y diga usted,
¿le faltan dientes ó muelas?...
D. TOR. No, señor. (¡Diantre, parece
que se trata de una bestia!)
D. ANT. ¿Tiene alguna matadura
ó esparabán, ó...
D. TOR. (¡Me aterra
este hombre!) No señor;
¡pero, hombre, usté se chancea!
D. ANT. Pues bien, quiero verla en pelo.
D. TOR. ¡Cómo en pelo, zapateta!
D. ANT. Sin arreos ni atavíos,

en fin... en pelo.

D. Tor. (¡Canela!)

D. Ant. Y mandar que la registre...

D. Tor. ¡Que la registre!...

D. Ant. El albéitar;
porque llevar mataduras,
ya ve usté, no tiene cuenta.

D. Tor. Pero, hombre, usté es el demonio,
Antonio, y son bromas esas...
En fin, luego se hablará...
voy ahora á dar una vuelta
por la cocina, y á ver
si está ya puesta la mesa.

D. Ant. Pero...

D. Tor. Nada, ya hablaremos,
¡malicioso, calavera! (Acariciándole.)

D. Ant. (Pues, señor, lo dicho, es tonto.)

D. Tor. Isabel, con él te quedas;
hágala usté compañía (A Don Antonio.)
mientras yo doy una vuelta.
(¡Qué nietos voy á tener!
¡Qué pareja! ¡Qué pareja!)
(Muy gozoso, éntrase en la casa.)

ESCENA XIII

DON ANTONIO é ISABEL

D. Ant. (Pues, señor, me ha puesto en un
brete el demonio del viejo.
Y la chica no es feilla,
y ese hombre... en fin, la diremos
algo, no se les figure
que soy, si no hablo, un grosero.)
(Acercándose pausadamente á donde está Isabel.)
¿Se trabaja, eh?

Isabel Sí, señor. (Asustada.)

D. Ant. ¿A ver?

Isabel ¡Ay, ay! ¡Santo cielo!
(Huyendo despavorida por el foro derecha, haciendo la cruz.)

D. Ant. ¡Caramba, hace la señal
de la cruz! ¡Pues esto es bueno!

Ha creído que yo soy
un aborto del infierno.
Nada, no se asuste usté,
adiós, niña, ¡que esperpento!
(Va á salir y le detiene Ramón.)

ESCENA XIV

DON ANTONIO y RAMÓN

RAMÓN Señor, venga á ver la yegua,
que ya la tiene usté en pelo.
D. ANT. ¡Gracias á Dios!
RAMÓN ¡Está hermosa!
D. ANT. Vamos pronto, y acabemos.
(Vánse segundo término izquierda.)

ESCENA XV

ISABEL y FERNANDO aparecen por el foro derecha asidos de la mano y tras ellos el CORO GENERAL

Música

ISABEL Aquel es el novio,
silencio, pasad,
con ese demonio
me quieren casar.
CORO Preparen estacas
y todos entrad,
que buena paliza
le vamos á dar.
ISABEL Vedle allí,
es aquel.
ha venido de Madrid
y á casarme van con él.
Discreción
que allí está;
pero qué horroroso es,
vaya un diablo original.
Estemos prevenidos

castigad su afán,
á palos de este pueblo
le vamos hoy á echar.
Tenemos bien seguro
que saliendo así,
ya ganas no le quedan
de volver aquí.

CORO — Estemos prevenidos, etc.

(Terminado el coro sale por la izquierda segundo término, Don Antonio y tras él Ramón. El Coro le rodea de súbito, blandiendo los palos.)

ESCENA XVI

DICHOS, DON ANTONIO y RAMÓN

FER. — ¡Ese es! ¡A él!
TODOS — ¡Muera! ¡Muera!
D. ANT. — ¿Por qué?
FER. — ¡Muera el forastero!

ESCENA XVII

DICHOS y DON TORIBIO

Hablado

D. TOR. — ¿Qué es esto?
ISABEL — ¡Papá!
D. TOR. — ¿Qué pasa?
D. ANT. — Hombre, vea usté ese necio,
que se atreve á amenazarme.
D. TOR. — ¡Amenazar! ¿Cómo es eso?
FER. — Sí, señor, porque la chica
es para mí; el forastero,
que vaya á Madrid si quiere
casarse, ó vaya al infierno.
D. ANT. — Pero, hombre, ¿qué dice usted?
CORO — ¡Muera!
FER. — ¡Muera el forastero!
D. TOR. — ¡Orden, pueblo de Rosell!

¡Háse visto atrevimiento! (Pausa breve.)
Mi hija se ha de casar
hoy, con este caballero.

CORO — No, no.

D. ANT. — ¿Están ustedes locos,
ó es quizá una burla esto?

CORO GEN. — (Espectación.)

D. TOR. — ¿Cómo burla? ¡Esta es otra!
Yo creí que Timoteo
lo había arreglado todo.
Y además hace un momento
¿no estaba usted decidido?

D. ANT. — ¿Decidido? ¿A qué?

D. TOR. — A eso;
á casarse con mi niña.

D· ANT. — Hombre, ¿qué está usted diciendo?
Si yo soy casado ya,
con tres hijos nada menos.

TODOS — (Movimiento de alegría.)

D. TOR. — ¡Diántre! ¿Qué me dice usted?

D. ANT. — ¡Ah! ya, todo lo comprendo
¡já! ¡já! ¡Pobres *tortolitos!*

FER. — ¡Chicos! ¡Viva el forastero!

TODOS — ¡Viva!

D. TOR. — ¡Basta de alboroto!
Que ni una palabra entiendo.
Luego usted ¿á qué ha venido?
¿Que negocios eran esos?

ISABEL — Papá, será...

D. TOR. — ¡Quita de ahí!

D. ANT. — Pues sencillo. (¡Pobre viejo!)
Venía... á comprar la yegua.

D. TOR. — ¡Alabado Sacramento!
Pues así eran las preguntas...
Ea, á casarse y *laus Deo*.

ISABEL — Sea usted nuestro padrino.

TODOS — Sí. Sí.

FER. — ¡Que lo sea!

D. ANT. — Acepto.

D. TOR. — Y yo os haré el gran regalo,
que entre todos pediremos.

ISABEL — ¿Qué es?

D. TOR. — Un aplauso del público
á este juguete modesto.

Música

CORO Alegres van los novios
desde aquí al altar,
si escuchan un aplauso
bailando marcharán.

FIN

OBRAS DRAMATICAS ORIGINALES DEL MISMO AUTOR

ESTRENADAS CON EXITO EN LOS TEATROS DE MADRID

Una carta de la Habana, comedia en un acto, verso.
La familia H, idem, id.
Hallazgo horrible, idem, verso y prosa.
La muerte de Viriato, tragedia en un acto, verso.
Armas prohibidas ó el conde del Tomate, juguete cómico en un acto, prosa.
El amor de un boticario, idem, id., verso.
El nuevo ministro, idem, id., verso.
Los hijos del 2 de Mayo, drama en dos actos, verso y prosa.
La mano del Diablo, comedia en un acto, prosa.
Melonini I, caricatnra bufa en un acto, verso.
Don Blas el zapatero, juguete cómico en un acto, verso.
El Indiano, juguete cómico-lírico en un acto, verso, música del maestro Scarlatti.
El Quinto, idem, id., id.
La vuelta del soldado, idem, id., id.
Los Hambrientos, idem, id.. id..
La coqueta, idem, id, id.
Amor musical, idem, id., id.,
El Anónimo, idem, id., id.
El toro bípedo, idem, id., id.
La flor de Mataporquera, comedia en un acto, verso y prosa.
El Buey de oro, idem, id., verso.
La Camisa de once varas, idem, id., prosa.
El Doctor Gorrilla ó nadie se muere hasta que Gorrilla quiere, caricatura bufo-farmacéutica lírico-bailable en un acto, verso y prosa.
Los dos Gorrillas, bufonada en un acto, verso.
La Hidroterápia ó el Médico del agua, juguete en un acto, prosa.

Ganar la Plaza, idem, id. (1)

El Soberano de Babia, zarzuela bufa en un acto, música del maestro Taboada.—Prohibida por el Gobierno.

Un gatito de Madrid, juguete lírico en un acto, música de D. Rafael Taboada.

El señor Gallina, zarzuela en un acto, prosa.

Fruta prohibida, id. en verso, música del maestro Padrón.

OBRAS NO DRAMÁTICAS DEL MISMO AUTOR

Arderíus en camisa.—Viaje aéreo bufo-fantástico. Un tomito en 4.º—Editor, Rodríguez; edición de 1870.

El melonar de Madrid.—Semblanzas en verso. Un tomito de 400 páginas.—Editor, Miguel Guijarro; edición de 1875.

Un reo de muerte.—Novela; dos tomos con 1920 páginas.—Editor, Rodriguez; edición de 1877.

Figuras y figurones.—Biografías de los hombres que más figuran en España.—1.ª edición. Dos tomos en folio, con 3250 páginas; edición de 1876.

Idem, id.—2.ª edición. Van publicadas hasta la fecha, Octubre de 1887, 44 tomos en 4.º menor.

Los Maricones.—Novela; un tomo con 300 páginas.

---

(1) En pleito.—Esta obra sufrió extravío en el Teatro, en 1870, con el título *Entre Paris y Versalles*, y un tal Bernardo Bueno la vendió, según parece, como suya, bajo el título de *Ganar la Plaza*, con cuyo nombre se ha representado muchas veces, hasta que su verdadero autor y propietario ha reclamado á los Tribunales.